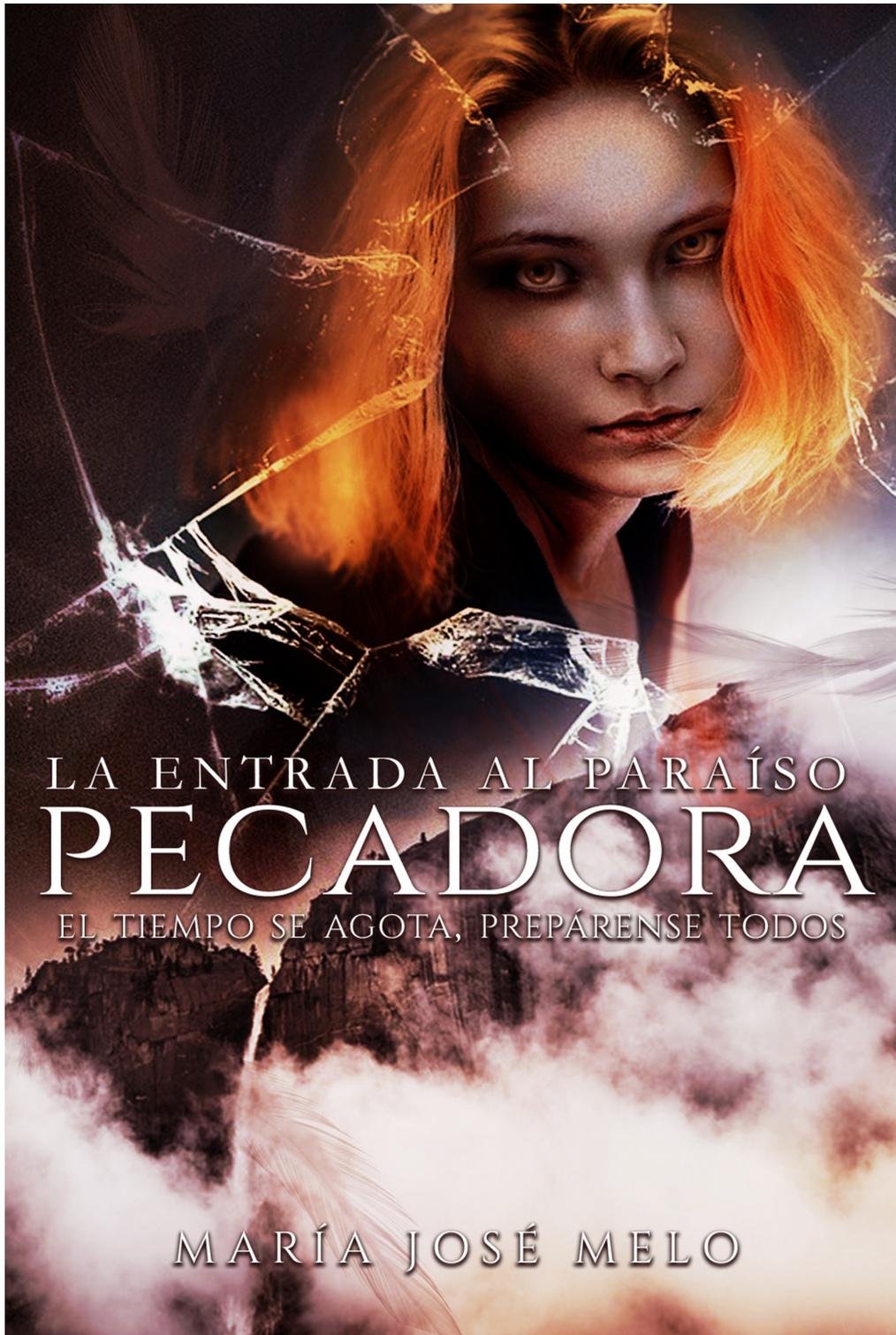


PECADORA [LA ENTRADA AL PARAÍSO]

Mary Jezz



# Capítulo 1

## + INTRODUCCIÓN +

—¡El fin del mundo se acerca! —Gritó el barbudo anciano a la vez que agitaba un cartón viejo que llevaba una advertencia escrita en él: «Arrepiéntete de tus pecados, la hora del Juicio llegará pronto».

Los transeúntes le miraban con repugnancia cuando lo veían acercarse y se pasaban a la acera del lado con una clara mueca de asco que no se preocupaban por esconder. El mendigo, por su parte, proclamaba algunas frases en latín, que hablaban sobre la Llegada, el Juicio Final y sobre los hombres sumidos en el mal que arderían hasta el fin de los tiempos. Era en realidad un bello día; quizá era por ello que el viejo señor no parecía intimidarse ante los constantes abucheos o insultos que recibía por su aspecto o por lo que predicaba. Tal vez si estuviera lloviendo sería diferente; sin embargo, a pesar de haber sufrido por décadas enteras y de ya no recordar cómo era sonreír con inocencia, nunca tuvo pensamientos sobre acabar con su vida, por más miserable que pudiera parecer ante los ojos de los demás.

»¡Arrepiéntanse, pecadores! —decía el viejo una y otra vez. Era consciente de la imagen que daba a los demás y de las miradas que estos le propinaban, pero parecía no importarle demasiado como para detener su faena. Daba la impresión de que agitaba más fuerte el letrero a medida que la gente lo ignoraba.

»¡Los que estén libres de pecado gozarán la vida eterna! ¡Los demás, desdichados son porque no quisieron escuchar a este pobre hombre! ¡Estos llorarán fuego y sangre cuando ardan entre las llamas eternas del Infierno, rogando por piedad que no tendrán, pues varias oportunidades tuvieron para redimirse, pero decidieron darle la espalda al Señor!

Una niña, curiosa por las palabras del anciano, le preguntó a su madre a qué se refería con lo del Juicio Final, cuando ella hizo ademán de alejarse del viejo cada vez que este giraba a donde ellas se hallaban.

La señora, de larga cabellera negra, dejó a un lado su celular para ver de soslayo a la pequeña, quien le veía a la expectativa. Lo que le dijera tendría consecuencias, por lo que debía ser cuidadosa.

—No debes preocuparte por eso, hermosa —masculló la madre, sin intención de explicarle a su hija lo que quería decir el viejo. Aún era demasiado joven; no tenía sentido destruir su inocencia tan pronto. Tomó

un sorbo de la botella que contenía algo de jugo natural y se inclinó un poco, mientras meditaba sus palabras.

»Verás —dijo al cabo de un rato—, ese hombre no está en su mejor momento... de pronto ha tenido una pesadilla, o vio demasiada televisión. ¿Sí? —La niña asintió sin parpadear en ningún momento—. Perfecto; entonces no lo escuches, ¿bien? Él no está cuerdo.

La niña de oscuro cabello corto apretó el bolso morado en el que llevaba de paseo a varias de sus muñecas favoritas: Tres Barbies y un gato de peluche que había recibido en su cumpleaños número cuatro. De repente, alzó la mirada hacia su madre, quien estaba de nuevo contestando algunos mensajes en su móvil.

—¿Qué significa «cuerdo», mamá? —insistió la chiquilla. Cuando esta notó que su hija le hablaba, apartó el aparato de nuevo y centró su atención en la pequeña—. ¿Tiene qué ver con los lazos de saltar?

La mujer rio en tono bajo mientras negaba con la cabeza. A los lejos, al otro lado de la calle, aún se alcanzaban a escuchar los gritos del anciano.

—No, Cata —puso una mano sobre la rodilla de la niña—. Eso significa que no está del todo bien y que no ve las cosas con claridad.

Esta abrió los ojos, perpleja.

—¿O sea que ese señor está enfermo?! —gritó señalándolo, y la mamá tuvo que tapar la boca de la niña para evitar miradas indiscretas, mas lo hizo tarde, pues una anciana les fulminó con la mirada, no sin antes murmurar algo como «ya la juventud no es lo de antes. Ahora todos son indiscretos, qué horror...» La madre se frotó una sien y se encogió de hombros.

—No, Santo Cielo; o bueno, quizá sí... No me importa.

—¿Y por qué?

—Porque él no es mi familia.

—Oh... —musitó. Tenía la Barbie maestra en una mano; luego se la pasó a su madre, que la tomó mientras la miraba, sin saber qué hacer con ella—. ¿Y por qué?

La madre resopló fastidiada. Con la mano que no sostenía la muñeca se frotó la nuca unas cuantas veces y sonrió de forma tensa.

—Pues porque no.

—¿Y por qué no? —repitió sonriente.

—Porque yo te lo digo y porque soy tu mamá —respondió—. Punto.

—Eso no es una respuesta... —masculló entre dientes, a pesar de su madre, quien la ignoró para revisar su cuenta de Facebook.

La curiosa niña, cuyas dudas no habían sido resueltas y tenía ahora muchas más preguntas en la cabeza, no tuvo otra alternativa que mirar aburrida los autos que poco a poco se amontonaban alrededor del anciano que les gritaba hasta que perdió el interés para concentrarse en una paloma blanca cuyas plumas terminaban en un tono ceniciento; cosa que sucedió pronto, debido a su corta edad. No notó cómo su única pluma negra caía al suelo, junto a ella.

—¡Cállese anciano, no tiene derecho de decirnos esas ridiculeces! ¡Usted está loco! —Le insultó un señor de mediana edad desde dentro de un auto moderno, que daba la impresión de ser un ejecutivo u hombre de negocios por el traje que llevaba

El viejo se había acomodado a mitad de la autopista obstruyendo el paso; apenas le miró unos segundos antes de continuar con su advertencia mientras vigilaba con el rabllo del ojo a aquel que le había ofendido. Las bocinas de decenas de autos no tardaron en sonar en gran estruendo, dando apoyo a las voces del elegante hombre que con un gesto soberbio sonreía frente al mendigo a través de la ventana a su lado. Como si hubiese estado esperando que alguien le retara, el mendigo se apartó lentamente, con la mirada sobre el hombre de negocios; no la desvió un solo momento hasta que llegó a la acera que tenía más cercana y se sentó sobre el cartón. Apenas se retiró, comenzó nuevamente el constante flujo de autos, ignorando las recientes palabras llenas de urgencia del anciano. El ejecutivo, que estaba unos autos atrás se percató que aquel loco le observaba fijamente sin ninguna discreción. Detalló entonces cada rasgo de él: el sucio y grasiento cuerpo, las ropas rotas, las venosas manos, la blanquecina barba de unas semanas atrás probablemente y aquellos ojos azules que parecían perforarle el alma, desvelando cada uno de sus más íntimos secretos. Esto hizo que se revoliera incómodo en su silla de cuero exótico. El viejo no demoró en darse cuenta de que aquel hombre le miraba a los ojos con el ceño fruncido y sonrió, dejando ver dos hileras de torcidos dientes, a la vez que con un dedo señalaba el improvisado cartel mientras le daba golpecitos.

—Confiesa tus pecados, Alexander —susurró con una mueca en el rostro, aunque no le había visto jamás—. La hora se acerca y es mejor

que estés preparado.



Bajo ellos, en el lugar donde nadie quería ir tras la muerte, los demonios hacían fiesta: Las palabras de ese pobre viejo habían sido ignoradas de una forma cruel al igual que muchas personas como él en el resto del planeta, que ellos no habían podido haberlo hecho mejor. Ellos parecían creer que de esa manera (en la que sucedió) era perfecta; nada dolía más que la traición de la propia sangre, la raza humana, a pesar de que él intentaba salvarles. Y con razón, pues sus advertencias eran ciertas, y con una oscura profecía que les apoyaba, estaban más seguros de sí mismos que nunca. Casi podían saborear la victoria en la pronta guerra, que, por más que se intentara aplazar, era inevitable que pasara; estaba predicho. Pero aquellos seres se encontraban en las capas superiores del abismo, donde los más débiles de su estirpe moraban. En las profundidades del averno, donde el lejano sonido del sufrimiento humano era más intenso, yacía la esbelta mujer que muchos siglos atrás fue amada por todos los hombres de su nación hasta que la lujuria se apoderó de ella, haciendo impura su alma y volviéndola una fiel devota del mal, a cambio de cientos de noches de placer. Era perfecta físicamente según todo el que la viera, a excepción de una cicatriz a la altura del corazón, justo donde le atravesó la daga que terminó con su vida en el mundo etéreo. Ella podía recordar a la perfección sus últimos instantes en la Tierra; veía con total claridad los ojos de aquel hombre de cabello azabache que le observaba con asco; sentía su propia sangre, aún caliente, manando con lentitud al ritmo que marcaba su acelerado corazón; su respiración agitada y el calor que le abandonaba, hasta dejar su cuerpo tan frío como la muerte misma. «Pagarás en el Infierno por todas tus atrocidades, maldita loca», fue lo último que escuchó. No se dignó a responderle a su homicida; sabía que se lo merecía.

Su pretendiente (y homicida) era alto, moreno y amado por decenas de mujeres del pueblo, pero él la había elegido a ella. Aún se acordaba de los rostros llenos de envidia de las demás al verla pasar junto a él; al haberse alejado del resto, le dijo que no sería en su casa, como normalmente hacía con sus enamorados; aquel muchacho de brazos fuertes la había invitado a su hogar. Aceptó la invitación, solo por tener algo más que contar a sus cercanas para ver sus rostros fascinados o celosos. Disfrutaba de aquellos actos: amaba sentirse importante y deseada, pues era lo único que ocupaba su mente. Sin embargo, a espaldas de la chica, aquel hombre, consciente de cada impureza, decidió

tomar justicia. Mientras Dalila dormía plácidamente sobre sus brazos tras la agitada faena, alargó la mano que tenía libre hasta coger una pequeña daga para acabar con la vida de la prostituta, a quien atacó sin pensar en un único corte, aunque profundo, justo en su corazón. No se molestó siquiera en quitar el arma de su cuerpo, sino que se dedicó a ver a Dalila con paciencia, quien había despertado justo antes solo para ver durante breves segundos como la cuchilla se adentraba en ella; sonrió con triste tranquilidad, cuando sintió su sangre salir por entre sus labios. No habría más amores, no volvería a tener aquellas charlas donde se podía sentir superior a las demás. No despertaría jamás de esa noche; solo le quedaría la eterna oscuridad... nada más.

Aquello le seguía sin descanso, recordaba siempre su última noche, como parte de su infinita tortura. Un corte había acabado con sus andanzas, mandándola al infierno, donde escaló en el poder con el paso del tiempo hasta hacerse sitio junto a los demonios mayores. Y, a pesar de que intentó olvidar por completo (a excepción de sus últimos momentos) lo que había vivido, la noticia de la Llegada era algo que ni siquiera en ella podría ignorar.

Animada por los eventos recientes, se giró para emprender el camino hasta la guarida de su señor, el rey del Infierno. Avanzó entre una docena de rapaces, demonios carroñeros de bajo rango llamados Naderu, que hablaban acerca del tema más popular entre los Caídos. Se escondió tras un mural de piedra rojiza y se quedó a escuchar; los Naderu se especializaban en conseguir información de la superficie para traer las noticias y chismorreos al resto del pueblo demoníaco. Eran aquellos que las médiums o «brujos» invocaban durante sus sesiones.

—... Me enteré de que San Miguel no ha sido capaz de organizar sus tropas, no ha logrado nada ese bastardo... —graznó entre risas—. No saben todo lo que daría por quedarme con su cabeza, pero el Diablo ya tiene su reserva, es obvio que se quedará con el cadáver de ese mamarracho para decorar su guarida.

—Serás idiota —se burló el segundo, que era más feo que el otro. Este tenía un pico enorme con tres hileras de dientes y las plumas estaban rasgadas, como si se hubiera peleado con alguien recientemente, cosa que era común—. Si el Diablo gana, obviamente no vamos a quedarnos acá atrapados. Él asesinará al resto de la tropa de Yahvé y luego se posicionará en su lugar.

—¿Y cómo es que sabes todo eso, Moroo? —Preguntó un tercer rapaz cuyos ojos color ámbar vigilaban todo desde siete posiciones diferentes. Estos ojos le rodeaban la cabeza como los de una araña—. ¿Con quién te acostaste ahora, que tienes tanta información?; ¿fue con

Marely, verdad?

—Nada de eso —sonrió—, solo me acosté con tu madre, Märel.

—Mi madre nunca estará a tu altura, bastardo —replicó Märel. Moroo sonrió con malicia y hundió la cabeza entre las peladas alas.

—Bueno, también sé sobre la profecía. ¿Tú no, hijito?

Este entrecerró los amarillentos ojos y avanzó hacia Moroo, que parecía relamerse el pico.

—Habla.

Se acercó más a Märel y al otro Naderu que permanecía callado como si de algún secreto se tratara. Vio a los lados, quizá para asegurarse de que nadie estaba al pendiente de su charla y siguió.

—Se dice que el Cielo tiene una debilidad —asintió con lentitud. Amaba sentirse importante, y tener una noticia de esa magnitud lo volvía importante. Incluso Dalila, que detestaba esa raza de demonios en especial, aguantó la respiración para prestar atención.

»Cuentan las oscuras escrituras... y algunos párrafos del Libro de la Vida, que si el Infierno logra que siete humanos vendan su alma al Diablo, los demonios tendrán un poder que acaparará al de todos los ángeles juntos. Ni siquiera el Juez podría con uno solo de ellos. Él, que casi supera a Miguel... ¡Imagínalo, Miyo! —Se dirigió al rapaz silencioso—. Alcanzaríamos el rango más alto.

—¿Cualquier humano sirve? ¿Así de la nada? —Cuestionó Miyo, el menor de los tres.

—No, idiota —rio Moroo—. El desdichado solo debe tener un fallo, un momento de dejadez... tienen que tener un desliz. —Alargó el ala derecha y un puñado de cenizas cayeron a la roca en la que estaban para arder brevemente. El fuego oscuro les proyectó sombras que, por unos instantes, les hicieron ver más temerosos. El demonio cuervo bajó la cabeza y se irguió, para ver desde arriba a los otros—. Un poco del pecado al que representarán servirá a la perfección; solo deben aceptar el contrato y estará hecho ¿Verdad que es demasiado sencillo? Es tan simple arrebatar su pobre y pequeña alma... que casi puedo sentir lástima por esos hombres. Pobres ilusos..., daría lo que fuera... —repitió con anhelo en la voz—. Oh, sí. Daría lo que fuera para estar en el momento en que nuestro líder muestre todo su poder. Oye, Miyo. —Giró su cabeza hacia él—. ¿Alguna vez has probado la sangre de un arcángel?

Dalila rodó los ojos mientras un escalofrío recorría su columna. Sinceramente, los Naderu le parecía una raza sumamente idiota que debería ser exterminada. Lo haría ella si pudiera, pero sus noticias eran las más verídicas de todas, así tenían una utilidad, por lo menos. Y la que había escuchado superaba al resto. Se apartó de su escondite y continuó su camino: debía avisar a Satanás sobre lo que se había enterado. Corrió hasta el piso más hondo, bajando por una escalera de antigua piedra en forma de caracol que parecía nunca terminar. La mayoría de las veces, el líder manejaba su reino desde ahí, aunque otras pocas veces ascendía hacia los pisos superiores para frenar un altercado que pasó a mayores o para asegurarse de que los demonios hacían su trabajo como era debido. Casi siempre se hallaba frente al gran umbral que les separaba de la Tierra, un sello que les mantenía prisioneros en su propio mundo; él no había salido desde la Batalla de Javek, pero se decía que aquella barrera podía ser destruida cuando el Juez saliera de su encierro para dictar su veredicto ante los humanos.

Cuando la mujer irrumpió en la cueva, se detuvo. No había nadie a la vista, por lo que decidió llamarle.

—¿Sigues vivo, muchacho sin alas? —Preguntó aguantando la risa.

El silencio se hizo espacio al callar. Dalila insistió por minutos hasta que una voz gruesa le contestó al otro lado de la estancia con tono irritado.

—¡No se encuentra ni quiere verte! —Espetó—. ¡Y él sí tiene alas, para tu información!

La dama echó la cabellera rojiza hacia atrás y dio un paso sin titubear.

—No me importa, voy a entrar.

—No lo hagas. Le daré de comer a los demonios con tu cuerpo si te atreves. ¿Entendiste?

—Sí, bueno, no importa —repitió, acercándose un poco más—. Con permiso.

—No, no, no... ¡No lo tienes, maldición!

La mujer continuó, haciendo caso omiso a la advertencia y se adentró hasta la habitación de roca. Pudo oír el sonido de garras raspar la roca, como si un animal herido intentara escapar de su fatal destino. Pero dentro solo se encontraba Satanás... El Demonio resopló con fastidio al escuchar a la recién llegada; este le daba la espalda, y Dalila pudo notar los muñones amoratados en el lugar en donde una vez las más bellas alas

podieron estar. Torció la boca en un gesto de pena al verle. De las heridas aún manaba sangre, aunque estas cicatrizaran siglos atrás. No podía imaginar por cuánto dolor debía pasar aquel ser. Pero ella venía a entregarle noticias.

—Pido humildemente tu permiso para poder tomar forma corpórea antes del Juicio, Satanás —rogó esta, haciendo una respetuosa reverencia al líder de las profundidades una vez entró a la caverna más baja, la que servía de recámara para el «mayor pecador».

Este respiró sonoramente, mas no se volvió hacia ella; negó con la cabeza y enterró esta misma entre sus brazos. Tenía medio cuerpo quemado, y las marcas eran recientes.

—Ya sabes, Dalila, que te es prohibido volver y eso aplica también para los demás. Incluso, dudo que eso me beneficie —respondió secamente el Diablo, mientras daba por terminado el tema—. Solo diezmarán los hombres en la Tierra, y la basura será enviada acá así —rio, mientras la señalaba con el pulgar sin verla todavía— como hicieron contigo.

Comenzó a levantarse con pereza, como si se rehusara a ponerse en pie. Se disponía a alejarse del lugar de encuentro, no debía perder el tiempo con lo que parecía un capricho por parte de ella, una artimaña para volver a lo que hacía. Sabía que Dalila guardaba rencor a los hombres desde su asesinato mientras ella dormía.

Quizá fue aquello lo que le hizo quedarse a escuchar. Si algo había aprendido de la dama que le acompañaba, era que su mente planeaba las mejores trampas. Debía admitir que había sido víctima de ellas al menos cinco veces en todo el tiempo en que había estado la mujer ahí; lo cual era bastante.

—Mi señor, prometo que traeré fieles sirvientes a tus pies —dijo con voz como la seda. Era ese el mismo tono que usaba con sus pretendientes cuando estaba en vida. Sonreía con maldad que disfrutaba mostrar, el brillo escarlata en sus ojos se intensificó más y al ver que Satanás no reprochaba, caminó hacia él. Puso una mano sobre su brazo con delicadeza y apoyó la cabeza sobre el hombro—. Personas que incluso venderían su alma para contribuir con su labor.

El hombre de oscura cabellera se giró para verla y sonrió. Tomó entre sus dedos los mechones rojizos y bajó la mirada, para asegurarse de que esta no se iba a reír en cualquier momento.

—¿Cómo podría yo confiar en ti? —Dijo secamente.

—¿No ves que estás totalmente desesperado? —Se apartó con brusquedad de repente, y las quemaduras le escocieron. Dalila gritó furiosa—. ¡No has podido subir a ver cómo están tus hombres, maldito patán! ¿Qué no contaban las historias que eras alguien respetable? ¿Alguien a quien los ángeles temían? Pues estando frente a ti me parece que solo eran cuentos de hadas.

El hombre frunció el ceño y se levantó de golpe.

—¡Entonces dime cuál es tu fantástico plan! —Exclamó con sarcasmo.

—Moroo. He oído a Moroo y de seguro que tú también. ¿Acaso no sabes de la leyenda?, ¿la que promete grandezas para nuestra tierra?

El Diablo rio con fuerza.

—¿Nuestra?

Dalila resopló con fastidio debido a la irritante actitud de su líder. Estaba a punto de propinarle un golpe en la espalda, donde más dolían las heridas.

—Tuya, cómo sea —alzó los brazos en señal de rendición—. Es que me emocioné de más.

Ambos se miraron fijamente un rato, hasta que Satanás se encogió de hombros y se dejó caer de forma pesada otra vez hacia la caliente roca.

—Faltan siete días, Dalila —cedió Satanás, quien la observaba desde abajo con poco interés. No tenía muchas esperanzas en ella—. Podrás tener tu anterior cuerpo durante siete días. Más vale que consigas lo que prometiste.

—Lo juro por su grandeza, Señor —respondió con una solemne reverencia.

—Que así sea —esbozó una sonrisa a medida que echaba la cabeza para atrás, apoyándola sobre una roca—. O yo mismo te lanzaré a los rapaces para que se alimenten contigo. Si no me cumples, Dalila —frunció el ceño a la vez que alzaba la vista para que ella supiera que hablaba en serio—, te voy a asesinar.

Dalila asintió emocionada; observó los cráteres que le rodeaban, la penumbra que abarcaba todo el Infierno y dejó soltar un largo suspiro. Dejaría aquel tormentoso lugar y, aunque solo fuera por una semana, se sentiría viva nuevamente a pesar de que no fuese totalmente humana; en

pocos minutos sintió su corazón latir con la misma fuerza de antes y tembló debido a la ansiedad que le provocaba preguntarse qué cosas podría hacer ahora. Una enorme puerta roja se alzó frente a ella: la puerta a la Tierra de los hombres. Despacio, saboreando el momento, se adentró en ella hasta no ver más el pútrido paisaje lleno de almas en pena y demonios que ofrecía el Averno.

Quedaban siete días donde ella se aseguraría de que el pecado fuera el pan de los hombres y, faltando una semana para la Llegada, ella usaría cada uno de sus engaños para erradicar toda alma buena que existiese.

## Capítulo 2

† UNO †

—LOS DOS GRUPOS—

Siete días para la Llegada.

—Maldición —gruñó en voz baja—. Este vagabundo me hará llegar tarde.

Allison no sabía qué hacer. Estaba comprometida para una muy importante reunión del trabajo y el estar en medio del tráfico no ayudaba demasiado. Tenía que aguantar a un pobre anciano desvariar, gritando a todo pulmón que una tal llegada estaba cerca. Y al igual que ella, decenas de hombres y mujeres le ignoraban o en un caso distinto, no sabían a qué se refería con aquello. Allison pertenecía a ambos grupos; su ocupada mente solo tenía espacio para la reunión a la cual llegaba tarde. En medio de un resoplo lleno de desespero, miró el reloj. Su junta había comenzado hacía más de media hora y ella debía exponer un producto revolucionario frente a poderosos empresarios que contaban con su —fracasada— puntualidad. Se frotó la sien derecha con estrés mientras el viejo decía algo parecido a «redimir nuestros pecados», no estaba segura; además, no le importaba. En la parte trasera del vehículo color plata se hallaban, entre algunas cosas, sus materiales de trabajo. Dio un repaso de lo que necesitaba para su exposición, esperando que con el ajetreo no se le hubiera quedado nada, ahora añadía a la lista una excusa creíble para que le permitieran dar a conocer su producto en el tiempo que pudiera quedarle. Claro, si es que llegaba antes de que culminara la cita.

Volvió a mirar al frente, clavando la vista en el anciano, quien se retiraba de en medio de la calle. Pensó con esperanza renovada que por fin podría llegar a su trabajo; mientras avanzaban los demás autos, observó a aquel hombre de ropas rotas que tenía la mirada sobre un auto y a medida que se acercaba, podía ver aquellos ojos azul claro, tan claro que parecía blanco. Un color que daba miedo.

—¡Avancen, maldita sea! ¿Se quedaron muy dormidos o qué? ¡Que les den! —Escuchó que gritaban tras ella, quizá un iracundo hombre que al igual a ella, llegaba tarde a algún lugar. A su vez tocaron las bocinas repetidamente. Allison intentó respirar hondo para calmarse y no unirse al alboroto, pero era casi imposible con tanta gente gritando al mismo tiempo. Aún faltaban varios autos para que pudiera seguir con su trayecto sin más percances, por lo que no se sorprendería si quedaba otros diez minutos estancada en la gran hilera de autos y motos—. ¡Arranquen,

arranquen!, ¿les gustó el trancón? Lo que faltaba... ¡Despabilen, hijos de...!

La gota que derramó el vaso. El desconocido seguía haciendo sonar la bocina del automóvil sin cesar, lanzando insultos a todo lo que se moviera. Allison, aunque era mujer, no se dejaba intimidar y tras minutos que le parecieron eternos decidió bajarse del coche a enfrentar al hombre que le estaba arruinando el ánimo. Con paso firme avanzó entre las decenas de autos, cuidando de no chocar con ninguno de ellos.

—¿Qué le pasa..., patético intento de hombre?! —No se le ocurría ninguna otra cosa mejor y dijo lo primero que se le vino a la mente con tal de hacerlo callar.

—¡Nos tocó de premio un solecito! —dijo al aire—. Mire, niña tintada, ¿qué no ve que hace estorbo? —Le replicó este de igual manera.

A su alrededor, más autos tocaban con fiereza las bocinas para que aquel par en riña se alejara y siguiera con sus vidas.

—¡Retráctese, gordo inmundo! —Chilló, pasando por alto al resto. Le parecía muy infantil lo que hacía pero algo le obligaba a seguir; tal vez era su necesidad por defenderse de lo que ella tanto criticaba: los hombres pedantes como él.

—Señora —salió del auto, dejando la puerta abierta—. ¿No debería usted limpiar más bien mi auto? —Continuó con sorna en la voz—, que eso es lo único para lo que sirven ustedes..., mujeres —dijo con un tono tan desdeñoso que Allison creyó que vomitaría—. ¿O acaso quiere que este semental le dé un paseo que no olvidará? —Añadió mientras se relamía de una forma asquerosa los labios. La muchacha sintió arcadas al instante, pero se contuvo pues no quería pasar vergüenza ante tantas personas.

—Suficiente —habló, despacio, haciéndole entender al cretino que iba muy en serio—. Se va a disculpar y va a parar de hacer sonar ese viejo cacharro que sirve de auto porque ya me tiene harta su maldito sonido. ¿Entendió?

—Venga e inténtelo usted misma, niña, pues esa boquita que tiene, sí que sirve para parlotear debe de servir para algo más... satisfactorio, ¿no?

Aquel hombre no se tomaba en serio lo que decía Allison, pues la tomaba como una niña de papá más. Continuó burlándose de ella, (profanando a cada mujer existente en el planeta, diciendo que lo único que sabían hacer era lo relacionado a las labores domésticas y algunas otras que no toleró), claro, con el vocabulario tan elegante como su

aspecto. La barriga amenazaba con salir por debajo de la camisa a cuadros, y el cinturón parecía a punto de salir despedido por los aires. El cabello grasoso y desaliñado se pegaba a su frente sudorosa y una mancha de aceite se hacía notar en el simple traje. Vaya autoestima tenía para insultar; la chica quiso tener un amor propio tan alto como el de aquel patán, pero eso no quitaba el hecho de que ya estaba al límite.

—¡No me falte al respeto! —Espetó la rubia. Ahora, ellos dos eran los que hacían ruido; tal parecía que la riña era tan interesante que el resto se había silenciado. Allison alzó la mano y abofeteó al hombre, quien frunció el ceño y se pasó la mano por la mejilla que comenzaba a hincharse. Antes de que la otra pudiera reaccionar, este la tomó del brazo y le plantó un asquiento beso en la boca.

Allison estaba totalmente fuera de sí, la ira la había consumido por completo; se limpió con brío la cara aguantando las ganas de devolver el desayuno y se alejó hasta el otro lado del auto. Con el rostro todavía rojo del asco, sacó el manojito de llaves que traía en su bolso y se dispuso a rayar el auto hasta donde sus brazos le permitían.

—¡Mi águila! —gritó el otro con fuerza, mientras fruncía el ceño. Se remangó la camisa, cerró violentamente la puerta y caminó hacia la chica que provocaba su enojo con el puño en alto.

—¿Qué? —espetó. Le miraba con fijeza a los ojos, intentando no taparse la nariz en el acto debido al mal olor que desprendía el sucio hombre—. ¿Me va a pegar? Adelante; inténtelo, poco hombre. Cobarde es lo que es.

Las bocinas volvieron a sonar tras ellos, y a lo lejos se empezaba a escuchar el sonido de las sirenas de un auto policiaco.

—Me obligó. Voy a dañar esa cara bonita llena de cirugías que tiene, niña tonta. Creo que desde acá le veo ese millar de cicatrices. —La sudorosa figura le doblaba en tamaño y Allison sentía la amenaza tan clara como el hecho de que ahora llegaría tarde a su junta y no habría forma de remediarlo. Los empresarios extranjeros se marcharían después de eso, y ya no habría otra oportunidad de contactarlos.

—Já. Eso dice ahora pero, ¿tan seguro está de que no le costará moverse con esa panza tan... voluminosa que tiene?

—Esto faltaba... —gruñó y se abalanzó hacia ella. La muchacha había previsto algo así y, siguiendo el consejo que su difunto padre le dio desde pequeña, llevaba entre los dedos las llaves apuntando hacia afuera. Cuando el hombre estuvo próximo a golpearla, elevó el brazo con rapidez a la altura de la cara. Sintió levemente la carne magullada del herido y algo líquido, que no supo si fue sangre, sudor... o ambos, pero prefería

quedarse en la ignorancia.

La cólera del agresor aumentó y, en una segunda arremetida fallida, volvió a hacerle frente al pequeño objeto además de una mujer histérica que le propinó varios golpes de más.

Al terminar levantó el rostro, orgullosa de lo que había hecho y sonrió victoriosa mientras observaba al hombre con sus ojos cafés. Este miró atónito la sangre que le manchaba la ropa mientras apretaba el puño derecho.

—¡Está loca! —Gritó al aire y se volvió hacia los policías que aún no llegaban—. ¡Está armada! —Repitió varias veces mientras la señalaba.

«—Machista —pensó».

—Que tenga un buen día —murmuró finalmente mientras volvía a su auto. Sabía que estaba mal lo que había hecho, pero al hacerlo se sintió poderosa, casi podía imaginarse mandando a todos a cumplir sus caprichos. Cerró de un golpe la puerta del coche y con la sonrisa en el rostro aún se dirigió al lugar de su reunión, con la idea de que no le negarían nada.

No llevaba demasiado tiempo de aquel incidente cuando comenzó a sentirse extraña, un cosquilleo le recorría el cuerpo entero dando una extraña sensación. Decidió ignorarlo, atribuyéndolo a la euforia del momento; subió el volumen de la radio y manejó aún más rápido a la vez que pensaba en todo lo que había pasado: el auto, el viejo loco, el hombre machista y aquel extraño sentimiento, dejando su reunión a segundo plano. Iba más rápido de lo aceptado en la vía pero extrañamente no le importaba. Solo le volvía a interesar el trabajo que debía entregar... y el incesante cosquilleo que sentía en todo el cuerpo.



La Tierra no era el único lugar en alboroto.

Tropas de mil ángeles se alistaban para la muy pronta Llegada. Uno de ellos, el más alto, adornado con plumas doradas que atraían toda la atención del resto, tenía ante él un pergamino color oro, al igual que su cabello. Todo en él parecía irreal; tan reluciente... tan perfecto... tan poderoso. Era para muchos, la más hermosa ilusión proveniente de alguna leyenda que se había hecho real para estar junto a ellos. Entonces, cuando se aseguró de que estaba a solas con el pequeño grupo que le sucedía, habló en voz lo suficientemente alta para que le oyeran, aunque no era necesario, pues el gran salón estaba en completo silencio.

—Han llegado nuevos informes. —Comenzó y aclaró la garganta—. Más cada vez; al parecer, con la pronta Llegada, es más fácil para el Juez determinar quiénes son lo suficientemente buenos para entrar al reino de los cielos. Hmp —chasqueó la lengua segundos después de que un nombre apareciera en la lista. No era aquella la que separaba a los Condenados de los Salvados, pues ese era el deber de otro ángel; el Juez solo daba a conocer su opinión, la cual era demasiado estricta para el serafín—. ¡Pero si aquí solo veo Condenados! Por Dios, ¿en qué está pensando el Juez?

Un ángel de cabello rojizo opaco se le acercó algo inseguro y enarcó una ceja. Este vestía una túnica verde y llevaba unos libros cargados.

—¿Sucede algo, Lelahel? Te he notado algo estresado desde hace unos días, y sinceramente no te ves bien. Ya sabes que puedes contarme lo que necesites. Igual, estoy a tu mando. La paso contigo casi todo el día; si no me informas tú, me enteraré por otros medios.

—¿Por qué no puedes disimular tu curiosidad, Sehaliah? —Rio el serafín mientras meneaba la cabeza.

—Discúlpame, señor. —Se encogió de hombros y sonrió—. Me es inevitable. ¿Acaso le dirás a Yahvé que me envíe con Satanás, cuando yo solo quería conocer lo que te inquietaba?

Lelahel echó la cabeza hacia atrás unos segundos antes de volver a ver a su amigo a la cara.

—¡Claro que no! —Estiró las alas y movió un poco los brazos. Los hombros le tronaron y el principado tuvo que aguantar la risa—. Solo que ese ángel me hace el trabajo más difícil. ¿Por qué no pasa por alto algunos de los errores humanos? O sea... ¡eso los hace humanos!, ¿no?, si no fallaran de vez en cuando, ¿cómo aprenderían las cosas? ¡Así no se puede!

—Ya capté —se encogió de hombros el pelirrojo e imitó al otro, estirando un poco las enormes alas. Sus plumas no tenían aquel dorado final, pero de igual manera eran bellas. Observó de soslayo la misiva del

Juez y frunció los labios hasta hacerlos una fina línea—. Te compadeceré y no preguntaré de más.

—Gracias, Sehaliah. Eres de mucha ayuda, ¿sabes? —Reconoció el otro.

—Ya lo sé —contestó de inmediato a la vez que le guiñaba un ojo—. Soy el mejor.

—Cuidado, muchacho —interrumpió un segundo ángel, al ver el ceño fruncido de su compañero de coro. Este tenía el cabello rubio, al igual que Lelahel; también era un serafín. Se giró hacia el rubio y entornó los ojos—. Si sigue así, va a terminar como sustituto de Satanás, ¿sabes? Cómo sea... ¿Te ha llegado un nuevo informe?

Señaló el pergamino que Lelahel sujetaba. El principado observó también el mensaje y asintió en dirección a Elemiah, quien resopló sonoramente.

»Hoy es día de renovar las listas... Por lo tanto, ¿es otro pecador? ¿Sigue el Juez con tan duro mirar? Oh, que Dios nos ampare —susurró. Se persignó con sutileza y suspiró, antes de avanzar hasta donde se encontraban los otros dos—. Llegará el día en que él nos juzgará a nosotros y no tendremos más remedio que enfrentarnos a su veredicto final. ¡Yahvé, ilumínalo!, ¿por qué debe ser tan frío con la humanidad?

Tomó de los hombros al otro serafín y lo atrajo hacia sí, quedando a una pequeña distancia. En los ojos de Elemiah se veía claramente la angustia que sentía por toda esa situación.

»¿Nos salvaremos siquiera nosotros? Lelahel, sabes que estamos en una muy, muy dura situación, ¿no es cierto? —Este calló, mas su silencio fue la respuesta que el otro esperaba. Su compañero se sentía abatido ante la inminente guerra, al igual que todos—. ¿Cómo combatiremos contra millares de demonios, cuando somos ante ellos un puñado? Además... no sabemos si Luz... digo, Satanás se ha enterado de ese texto.

—Hemos hecho lo posible por mantenerlo fuera del alcance de él. —El serafín se relamió los labios en un gesto nervioso y miró a su alrededor, como si sintiera que alguien les veía, pero solo se encontró con Sehaliah.

Elemiah rio con desgana, como si admitiera la derrota antes de comenzar.

—Pero no fue suficiente, ¿verdad? —Buscó algo en los ojos de Lelahel—. Se va a enterar tarde o temprano y cumplirá la profecía... ¿Tú

crees en ella?, claro, si es que no lo ha hecho ya.

El alado rojizo se mantenía expectante ante la escena. A puertas abiertas, los serafines eran seres de luz implacables en todo lo que hacían. Sin embargo, eran los que más lidiaban con los problemas del Trono Celestial, pues eran del coro más alto en la jerarquía.

—No. —Lelahel cerró los ojos y bajó la cabeza, dejando soltar un breve suspiro—. Me temo que ya la ha descubierto. Y... sí. Creo en ella. El Libro de la Vida no miente en nada, ¿por qué lo haría con algo tan grande como eso, ah? Creo que es más bien una advertencia hacia nosotros, para que estemos preparados para lo peor.

Esta vez, Sehaliah tuvo el valor de entrometerse entre la charla de los serafines.

—Pero siempre lo estamos —dijo con una risa seca.

—Fue Dalila —exclamó Elemiah como si ya lo tuviera claro—. ¡¿No es así, compañero?! ¡Esa loca va a condenar la Tierra entera y a nosotros con ella!

Los otros dos no pronunciaron palabra alguna; era obvia la respuesta.

—Bueno... —continuó. Se irguió y limpió el polvo de su túnica, pasando la mano por ella repetidas veces. De repente, su mirada se ensombreció y, a ojos de Sehaliah, había un matiz de honda tristeza entre tanta dureza—. Hay que solucionar ese asunto y darlo por zanjado de una vez.

—Sí —asintió el principado.

—Entonces —se dirigió a Lelahel—, ¿quién dices que es el condenado que te envió el Juez?

—Pecadora, esta vez —dijo el rubio, mientras negaba lentamente con la cabeza—. Según lo que dice en la información, formó un altercado en vía pública y agredió a un hombre verbal, mental y físicamente. Además, había un anciano con un cartel.

—¿Cartel? —cuestionó sin entender demasiado.

—Sí, estaba advirtiéndolo a los otros sobre la Llegada. ¿Puedes creerlo?, yo no lo hago, pero el hecho es que lo hizo, con la fecha exacta y todos los detalles. Sin embargo, la mayoría le ignoró, como era de esperarse. En verdad deberían prestarle atención a aquel viejo del cartel. El Infierno últimamente ha ganado demasiado terreno, no podremos

seguir así, no con la Llegada tan cerca. Entiende, no son años o meses lo que falta para que ocurra, como decíamos hace tiempo; es una semana lo que nos separa de la guerra con Satanás y su ejército —continuó, con voz frustrada.

—Estoy seguro que van a entender lo que sucede tarde o temprano e intentarán borrar sus pecados de alguna manera. Pero más importante que eso, los hombres se van a salvar de las llamas y harán el mundo un lugar mejor, ¿no creen? —opinó Sehaliah en tono optimista—. Lo harán y cambiarán. ¡Entonces tendremos una oportunidad contra los Caídos!

—¿Y si no lo hacen? A parte, no hay mucho tiempo para que lo hagan por más que quisieran; entiende, muchacho, que no hay tiempo para juegos. Tú mismo lo dijiste: debemos prepararnos para lo peor. Por más temor que tengamos, si me toca a mí luchar contra tres mil demonios a la vez, ¡amén! Lo haré sin cuestionar —reprendió Elemiah, muy seguro de sus palabras—. No lo han hecho en miles de años. Es casi imposible que lo hagan ahora. Ahora, dime: ¿y si un asesino se quiere redimir el día antes de que el Juicio Final se haga lugar, qué haremos?, ¿hacemos de cuenta que nada pasó y le permitimos venir con nosotros? ¡Nada de eso!

El ángel más joven bajó la mirada con vergüenza. Aún sentía la mirada del otro sobre su cuerpo, por lo que alzó la cabeza, sin saber muy bien cómo reaccionaría.

—Debes recordar que incluso nosotros —admitió más calmado mientras posaba una mano sobre el hombro del muchacho—, los ángeles, somos asesinos.

—¿A qué viene eso? —Se burló sin tanto humor Lelahel—. No te rebajes con un mundano.

—Bueno... —apuntó Sehaliah—. Supongo que si nosotros, la mano derecha de Yahvé, tenemos perdón; ¿por qué ellos no?

El rubio alado dio unos pasos hacia atrás y estudió con la mirada a su acompañante y a su aprendiz. La visión de la Tierra no cambiaba hacía años. El mal se apoderaba cada vez más del alma de las personas y la lista de los Condenados sobrepasaba, por mucho, a la de los Salvados. Sin embargo, tal vez no debía perder aún la esperanza.

Miró con algo de drama el antiguo pergamino y elevó los ojos al cielo sobre ellos. Centró su atención en la luz que pasaba por entre el ventanal que había sobre él y soltó el informe del Juez que, al lanzarlo suavemente al aire, se desintegró hasta ser solo cenizas. Aquello significaba que no sería posible modificar lo escrito en él.

—Añade la chica a la lista de los Condenados. Ah, y al anciano a Salvados —añadió el Líder, dando por terminado el tema. Llamó a su igual con un gesto de cabeza y se marcharon por la gran puerta que daba al resto de salas.

Se despidió con brevedad justo cuando la puerta se cerraba tras él del ángel de menor rango, que anotaba, como lo había hecho incontables veces durante más de un milenio, los nombres de las personas que le habían dictado, aunque esta vez no muy seguro de sus acciones. Por algún motivo creía que estaba haciendo lo incorrecto con ello; la extraña e incómoda sensación en el interior de su vientre lo confirmaba. Una fugaz llamarada cruzó por ambas listas, marcando a fuego a los dos hombres.

Allison: Condenada.

Pero, cuando fue a escribir el nombre del otro, se dio cuenta de que no podía. Con todo, aquel pobre hombre no estaba en ninguna de las listas. ¿Por qué?

Como había hecho antes el pergamino del Ángel Mayor, las infinitas listas se alzaron, hasta volverse pequeños puntos negros en el blanquecino suelo. Al acabar la encomienda, el ángel se encaminó al gran salón donde guardaban todos sus libros de historia, de los hombres, sus antepasados y cientos de leyes que regían la Tierra. Tomó del estante central un gran libro, donde se escribían todas las intervenciones divinas que tenían los hombres, desde la creación del Edén hasta la historia de una niña que decía que su ángel protector le aconsejaba en sueños cuyo texto se había escrito minutos atrás.

Fragmento, El destino de los hombres; página setenta mil, capítulo trece: «(...) Y entonces el mundo se dividirá en dos grandes grupos dependiendo de los pecados cometidos en vida. Los Condenados, obligados a vivir incontables torturas en las profundidades del Infierno, sufrirán los castigos merecidos de acuerdo a sus errores que no pudieron ser salvados ni siquiera mediante el paso por el purgatorio. Estos no tendrán ya perdón alguno y serán encomendados a las tinieblas, que serán su perpetua morada (...); en la otra cara de la moneda, los Salvados, que gozarán de la vida eterna en el Cielo bajo la gloria del Señor, quien les cobijará en su ala y les cuidará de la pronta tormenta que se avecina junto con la guerra que se desatará cuando el último hombre se dirija a su destino. Los salvados compartirán hogar con los seres de luz, los ángeles, y cuando sea tiempo para la nueva era, estos volverán a reinar sobre la Tierra, y sus hijos serán benditos, libres del pecado original (...) Desdichados aquellos que corrompan al buen hombre o lo castiguen, porque ellos serán doblemente castigados. Bienaventurados aquellos que a pesar de la constante tentación apartan de sus vidas el pecado, ellos gozarán de la gloria eterna. Lo escrito aquí sagrado es hoy, mañana,

siempre.

Así sea».

Hasta el momento, los Salvados eran menos de cincuenta mil millones de personas, mientras que los Condenados eran hasta tres o cuatro veces más. Las batallas que libraban ambos bandos causaban pérdidas irremediabiles y millones de seres de luz se debatían contra los seres oscuros, que les doblaban en número y que parecían duplicarse por cada mil caídos. Las imágenes de la guerra y la muerte atormentaron la hasta entonces pacífica mente del ángel, quien no soportó leer más sobre aquel tema, aunque, si las cosas seguían como estaban en la Tierra, no tardaría él en unirse a las tropas guardianas. En el pasado vio caer muerto a más de un colega a manos de los Caídos en aquella guerra sin sentido para él, y en lo más fondo de su conciencia, no cabía duda de que pronto sería testigo de muchos más. Era tan claro que el hecho de solo pensarlo le hacía preguntarse quién sería el próximo en morir por defender lo que desde el Génesis habían intentado cuidar.



Dalila, con su bello cuerpo humano de vuelta, se dirigió a la capital de la ciudad. Guardaba en uno de sus bolsillos siete trozos de papel finamente cortados que contenía tan solo siete palabras: ira, vanidad, soberbia, avaricia, pereza, gula y envidia. Necesitaba solo eso: siete pecados, siete hombres que dieran el rostro por ellos. Y para la ira ya había encontrado a su candidata perfecta, a aquella que había sufrido el pequeño desliz que esperaba. Tomó en sus manos el papel que tenía tallada la palabra «Ira» y se dirigió con paso seguro al lugar donde aguardaba el auto de Allison a dejar la nota antes de desaparecer entre la multitud.

«Allison, un placer conocerte. No me conoces todavía, pero si aceptas mi invitación, no te considerarán menos por el solo hecho de ser mujer. Los hombres no se creerán más importante que tú y podrás dominar con temperamento y mano de hierro a quien quieras. Solo debes aceptar seguirme a luchar contra el verdadero enemigo, representando la Ira —Dalila».

La reunión de Allison había resultado un fracaso total y tanta demora en el trancón no le había ayudado para nada. No había podido dejar de pensar en aquel inusual cosquilleo, el cual volvía a aparecer a medida que

se acercaba a su coche. La carta, que estaba visiblemente ubicada en la silla captó de inmediato su atención. Miró a ambos lados para comprobar si veía al dueño de la misiva riéndose mientras la observaba leer o para asegurarse de que no era algún tipo de broma. Un escalofrío la recorrió entera al percatarse de lo sola que estaba, como si se hubiese aislado del mundo y estuviese únicamente ella. Solo ella y la carta.

La abrió, dudando de lo que se encontraría. A la vez que ella leía, sentía aquel cosquilleo cada vez más familiar, más agradable. Y pronto, los escalofríos se vieron reemplazados por una embriagadora sensación de calidez; leyó, admirando la perfecta caligrafía con la que estaba escrita. Las palabras contenidas le hacían sentir nuevamente poderosa como horas antes dentro del coche. No tenía idea alguna de quién era la que se hacía llamar Dalila, la que le había dejado aquella misiva, pero se dejó llevar. Un poco por la cálida sensación, un poco por curiosidad, otro poco por las persuasivas frases de esta.

—Acepto, Dalila —dijo para sí, como una respiración.

Y quizá fuese imaginación de ella, pero creyó escuchar una cercana voz aterciopelada que la llamaba, a seguirla.

## Capítulo 3

† **DOS** †

—EL GÉNESIS DEL TRAJIDOR—

«¡Cómo has caído del cielo, oh lucero de la mañana, hijo de la aurora! Has sido derribado por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Pero tú dijiste en tu corazón: “Subiré al cielo, por encima de las estrellas de Dios levantaré mi trono, y me sentaré en el monte de la asamblea, en el extremo norte. Subiré sobre las alturas de las nubes, me haré semejante al Altísimo”. Sin embargo, has sido derribado al Seol, a lo más remoto del abismo».

Isaías 14, 12-15.

El ángel miró las estrellas con impotencia mientras procuraba no bajar la mirada a la morada de los hombres; a pesar de los ánimos del resto de sus compañeros, quienes daban por hecho que las almas algún día podrían recuperarse en caso de estar en la lista de Condenados y obtener el perdón, él no se mantenía tan seguro de esto. Siguiendo aquel absurdo sueño de sus colegas, contempló en el viejo pergamino por millonésima vez la extensa hilera de nombres encabezados por una pareja: Adán y Eva. Con muchos milenios de antigüedad había sido testigo de la expulsión de estos del jardín de Edén; ninguno de los ruegos de los humanos habían aplacado el disgusto de Yahvé cuya idea original de crear la Tierra, fue principalmente la de hacer un mundo donde los humanos vivieran en completa armonía sirviendo a su divina causa, sin embargo, la traición que más le afectó fue la de uno de sus ángeles preferidos, al que consideraba casi su mano derecha, Luzbel, quien no estaba satisfecho de seguir órdenes suyas; el traidor buscó algo que no podía siquiera pensar; quiso ocupar el lugar de su creador para ser gobernante de todo lo que existía.

Recordó que este, pocos días después de la Creación, reunió cientos de ángeles con engaños, prometiéndoles virtudes y poderes que ni siquiera un ángel serafín, ángeles de mayor jerarquía angelical que sirven como encargados del trono de Yahvé, podía tener. Resumiendo, les estaba ofreciendo el poder total, el que solo tenía el todopoderoso.

Era una noche tranquila como la de aquel momento y por más que intentara olvidar, no podía hacerlo pues al ángel a quien consideraba su hermano traicionó todo lo que habían trabajado. El viento sopló y sintió sus plumas moverse con sutileza; el espacio abierto no le protegía de los ventarrones y contaba tan solo con algunos murales de mármol con grandes ventanales medio caídos para protegerle del frío; el suelo, del mismo material, tenía una inscripción en su centro: Salve, Dios del mundo entero. Se había sentado en la alta tribuna desde la que se daban importantes discursos; arriba de él, dos pasillos conectaban a una planta superior que permitía ver hacia el primer piso: las viejas edificaciones estaban diseñadas para eso, para que la luz entrara por cualquier lado, por lo que no tenía un tejado. Sobre ellos, el cielo era lo único que iluminaba.

Miró con el rabillo del ojo la plataforma sobre la que se había acomodado y no pudo evitarlo más. El recuerdo que más dolía se implantó en su cabeza a la fuerza, con imágenes tan frescas como las del día en que ángeles cayeron al abismo, al lugar maldito.

Fijó la mirada en Luzbel, quien subía unos numerosos peldaños con elegancia y aunque procuraba disimular la ira en su mirada, era casi imposible no notarla. Hekamiah, su compañero de trono subió junto a él, siguiéndolo unos pasos por detrás, mientras pensaba en el qué haría después. Muchos habían especulado cosas horribles del querubín que con dificultad podrían refutar: había intentado asesinar a Yahvé.

—Luzbel —le llamó desconcertado apenas cruzó por entre los altos pilares a la abierta estancia—. ¿Qué haces aquí? Está tarde, apenas va a amanecer.

—Ya lo sé, amigo —giró unos segundos y sonrió con calidez, Hekamiah no pudo evitar devolverle la sonrisa; se odió por eso al instante. Luego de eso, el querubín continuó ascendiendo—. Tal vez haga lo mismo que tú: esperar.

—¿A qué te refieres con esperar?, ¿qué esperas?

—Espero la señal que me permita actuar. Es el momento perfecto para hacer algo, cualquier cosa, después de lo que han proclamado sobre mí; siento que debo limpiar mi nombre y... dejarlo en lo alto.

—¿Te enteraste de eso? —inquirió. El viento sopló por última vez con un leve susurro antes de callarse por completo. Desde afuera, el olor a metal se lograba percibir—. No quería..., quiero decir, no creo que hayas sido capaz.

Luzbel quedó de frente a Hekamiah y frunció el ceño como si estuviera enojado, aunque su rostro se contraía de indignación.

—No me gusta decir esto, menos a ti, pero no te creo. Y sabes bien que tengo razón, porque por algo has de haber estado esperándome. Nunca te ha gustado la noche, ¿por qué?

El ángel enmudeció, de verdad lo conocía bien. La oscuridad comenzaba a desaparecer alrededor dejando paso a los primeros rayos matutinos, eso apagó la incómoda sensación que tenía.

—Me parece solitaria... pero parece que contigo es distinto. Nunca has aborrecido lo que Yahvé te regaló, entonces, ¿por qué? ¿Por qué tantas acusaciones en tu contra?

—Este sitio me encanta —comentó otra vez con voz lejana sin prestar mucha atención a las palabras anteriores de Hekamiah, mientras señalaba con la palma de la mano el cielo tras de sí—. Me hace sentir tranquilo, dueño de mi destino. Pero ese no es el caso y ambos lo sabemos, colega. Si estás aquí, ha de ser por dos causas: o te mandaron a matarme, o vienes a decirme que mandaron a alguien a matarme. Te vi hablando con Jeliel de nuevo, eso da mucho qué decir.

—¡Ninguna de esas, Bel, jamás! —exclamó con voz ahogada—. Sabes que nunca sería capaz de atacar a un hermano —bufó—. Necesitaba verte..., hablarte. Necesito comprender qué es lo que está sucediendo.

—Tan seguro estás de eso —señaló con desgana la mano del otro sobre el mango de la espada—, ¿qué para hablarme con aparente calma debes tener con dureza tu arma?

El querubín de cabello rojizo la apartó al instante e hizo el amago de musitar una disculpa, pero una voz le mandó a callar.

—Mira a tu alrededor —dijo Luzbel— y dime qué ves.

Hekamiah alzó la cabeza algo confundido, pero obedeció la petición de su amigo; observó con detenimiento el panorama y descubrió que era verdad lo que su compañero decía: era un hermoso lugar. Si, tal como decía Luzbel, debía ocurrir algo, sería ahí, en ese momento; notó la

belleza en la moribunda noche por primera vez y tuvo miedo.

—Veo los pilares que mantienen firme el tribunal —enumeró—, los cánticos en el suelo y el cielo abierto, pues no hay techo alguno.

Bajó luego la cabeza; el rubio negó con la cabeza antes de suspirar y darse la vuelta.

—Bueno, sí —se encogió de hombros—. Pero no me refería a eso —volvió a girarse y avanzó hasta que sus alas se tocaron con la de Hekamiah; el guerrero de cabello fuego se mantuvo firme cuando su colega desenfundó su propia arma. Él tenía sus razones para llevarla, ¿pero cuáles eran las de Luzbel?

»Se acercan grandes cambios, hermano y me gustaría que estuvieras ahí, conmigo —el reflejo de ambos querubines se mostró en la hoja de la gran espada—, como siempre lo has estado —la guardó y se separó de él, para extender los dos pares de alas—. Espero que estés preparado.

Hekamiah quiso preguntar a qué se refería con estar preparado, pero el gran murmullo proveniente de la entrada al tribunal lo desconcentró. Para cuando se volvió hacia Luzbel, él ya se encontraba en lo alto de la tarima y los ángeles le rodeaban.

—No... —pensó. ¿Cómo no lo había notado antes? La sensación de poder que emanaba de él, sus palabras, las acusaciones... Aclaró la garganta y gritó, con la esperanza de hacerlo volver en sí—. No vayas a hacer esto, por favor. ¡Vas a morir!

Pero él, sin mirarle, solo sonrió; para ese entonces, la aurora apenas comenzaba a tomar fuerza detrás del lucero de Yahvé.

Cuando observó la multitud que se acercaba, Luzbel sonrió lleno de satisfacción; tenía un gran número de seguidores, aunque estos también lo eran a su Dios; sin embargo, si podía lograr que solo le sirvieran a él, comenzaría con su plan. Estando ya seguro de que habían llegado todos los invitados, desplegó las alas y se elevó por encima de ellos, demostrando así la superioridad que quería alcanzar.

—¡Colegas, amigos míos! —saludó con un grito sobre una elevada cornisa. El resto observaba de forma atenta lo que estaban por presenciar. El viento soplaba a favor de Luzbel y este, mirándoles desde la cima, podía notar como se le sacudía el cabello, formando halos dorados a su alrededor; tenía las alas completamente extendidas, y la luz del exterior se filtraba por el espacio entre sus plumas. Parecía ser el mismísimo sol—. El Señor ha creado una infinidad de seres que no alaban a su creador, a pesar del esfuerzo que puso en esa tarea. Ha dado vida a todo lo que

podemos ver en el cielo, la superficie y en el mar, y ni siquiera de esa forma ha sido recompensado por sus hijos.

Señaló la Tierra y los animales que habitaban en ella. Alzó la voz; esta retumbó por todo el lugar. Pudo escucharse a sí mismo y suspiró mientras esperaba a que sus palabras tomaran el efecto adecuado en el público. Sonrió con malicia.

»Una de las razones del por qué son desagradecidos con sus creadores es porque viven en la ignorancia absoluta. Se les ha negado toda oportunidad de tener el conocimiento que nosotros tenemos. Claro, claro —se encogió de hombros y rio con gracia—, entiendo esa parte a la perfección. Pero... ¿acaso ellos no pueden tener contacto con nosotros? ¿Con quienes les cuidamos? Sean animales, humanos o plantas, ¿qué más da? ¿No tienen alma todos ellos? ¿Por qué debemos aparentar lo que no somos si queremos darles consejo?

Los murmullos aumentaron en intensidad. Algunos asentían en dirección a Luzbel mientras veían a los lados, opinando acerca de lo que escuchaban con el resto de sus hermanos alados. La mayoría estaba de acuerdo con él, sin embargo, un buen número de los otros mantenían los brazos cruzados y el ceño fruncido, dispuestos a hacer oídos sordos a lo que el ángel exclamaba. Eso sí, todos estaban seguros de que aquel discurso tenía algo escondido, ¿pero qué?

»¡Necesitamos que ellos conozcan de nuestra existencia! —continuó con fuerte voz. Con cada aleteo parecía alzarse un poco más, y para este momento observaba casi por encima del hombro hasta a los serafines, quienes tenían un coro más alto que el suyo. Podía notar los rostros confundidos de todos, y eso le agradaba—. Y si lo logramos, ¡tendremos un poder inimaginable! Conviviremos con la misma creación y les daremos consejo, volviendo sabios hasta a los enmudecidos animales, ¡podremos ayudar de una forma que ni Yahvé lo pensaría!; ¿no queremos eso? —intentó no reír—. ¿Ayudar a nuestro Dios?

El querubín, con la mano arriba en forma de puño, animaba a los alados compañeros a que le siguiesen. Los ángeles murmuraban entre ellos, mirando confundidos a su alrededor. ¿Qué tenía que ver el poder que le ofrecía Luzbel con los seres mortales?

»El Señor, a pesar de que anda a sabiendas de que le hemos ofrecido nuestra entera existencia, nos ha apartado. Muchos no podemos ni verle, puesto a que nos ha rebajado y ha creado clases entre nosotros, que cruelmente nos separan de nuestros hermanos. Ha dado vida a lo bello, pero a su espalda está dejando que se filtre la oscuridad; queremos no darnos cuenta, pero sabemos qué ocurre y con todo seguimos en sumisión. Nos han ocultado de una forma horrible, dejándonos como seres invisibles ante los ojos de los hombres. Nos preguntamos de quién es la

culpa, ¡cuando es de ese mismo Señor! —continuó, con el temple que caracterizaba a un líder; nadie dudaría de que él podría llevar a cabo todo plan que trazara.

»¡Él nos ha obligado a vivir de esa manera para toda la eternidad! —dijo, calmando poco a poco la euforia que comenzaba a manar en su cuerpo—. Pero nosotros... nosotros cambiaremos. Ha llegado la hora, hermanos, de recibir la gratitud de todo: ¡lograremos que nos consideren verdaderos dioses!

Como si el cielo quisiera darle honor a lo que su nombre dictaba, las alas le brillaban bajo la luz dorada que cubría a todos los presentes, haciéndole ver como todo un guía. Luzbel, bajo el manto celeste, parecía el mismísimo Creador. El cabello tenía matices doradas, dándole un aspecto hermoso a aquella mirada decidida; tenía los labios fruncidos en una fina línea, pálida por la presión que mantenía sobre estos. Aunque se le era considerado por los demás como la mano derecha del Señor, le había defraudado, y por más palabras dulzonas que dijera, estaba conspirando contra Él; el querubín, ángel de luz, miraba estupefacto lo que había creado: la confusión, la mentira y la desconfianza hacia Yahvé. Le pareció perfecto y una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Y cómo piensas hacerlo, Luzbel?, ¿estás seguro de que va a funcionar?

Una voz se alzó desde el centro del salón donde estaban reunidos más de cien ángeles que se habían mantenido fieles a Luzbel. Una decena de guardianes alados, en su mayoría mensajeros, se habían marchado tan pronto descubrieron lo que este pretendía hacer.

—Tomar forma humana se castiga severamente. Sobre todo tú deberías saberlo; ¿no eres acaso el segundo al mando?, ¿qué planeas hacer? —Un arcángel de piel un poco morena se había abierto paso, acercándose hasta la elevación donde se hallaba el ángel. Alzó la mirada mientras enarcaba una ceja, claramente fastidiado con lo que el otro había dicho. ¿Estaba loco?

—No, Miguel, te equivocas. No soy su mano derecha sino un querubín como el resto de los míos que solo quiere ver justicia en este lugar —contestó sin cambiar la expresión, salvo para guiñarle un ojo. Señaló con la mano a sus compañeros de coro e inclinó la cabeza en esa dirección—. Pero eso terminará pronto. Ya sabes, cuando nos veneren como es debido.

El arcángel frunció el ceño. No le gustaba a donde se dirigía aquella conversación, que obviamente tenía matices de revolución, supo que si terminaba de la manera que temía, se derramaría sangre... y mucha. Comenzó a hacer cuentas: ¿con cuántos ángeles contaría Luzbel? Si

lograban tener una mayoría a los de las fieles tropas, tendrían problemas. ¿Buscaba una guerra?, ¿qué quería hacer?

—Luzbel, ¿a qué te refieres con eso? —inquirió con neutralidad, intentando ocultar los fuertes latidos de su corazón, que parecía querer salirse del pecho. Tragó saliva y entornó los ojos para verle a la cara. Este le miró atónito, como si no hubiera sido demasiado obvio respecto a sus planes.

—¡Tomaré el puesto de Dios, por supuesto! —Alzó la voz—. ¡Y será hoy mismo! —gritó con mucha más fuerza, mientras con sus potentes alas se impulsaba sobre los demás, quienes se miraban extrañados. Nunca antes se había escuchado algo semejante. ¿Tomar el lugar del Señor?

Los cuchicheos se intensificaron junto a él, algunos apoyando al querubín y otros a favor del arcángel. Entonces, el grupo de ángeles se separó en dos, junto a aquel al que seguirían con lealtad. Luzbel notó con cierto desagrado que la cantidad de seres en cada parte estaba demasiado reñido. Serafines, querubines, virtudes y ángeles mezclados; no se sabía quién tendría más oportunidad de vencer en caso de una batalla. El traidor hizo ademán de avanzar con sus nuevas tropas, hasta que Miguel se elevó con rapidez con las suyas, impidiéndole el paso; tenía los brazos extendidos al igual que las alas (un poco más cortas que la del rival) y le desafiaba con la mirada. Si él quería luchar, lucha tendría. Pero se aseguraría de ganarle.

—Aún tienes tiempo de redimirte, Luzbel —afirmó el rubio—. Quizá debas pasar un tiempo en penitencia, ¿pero no es eso mejor a que Yahvé te dé la espalda? Aún puedes decirle a tus seguidores que tu plan ha quedado en el olvido, puedes servir al Señor mejor que nadie, y algún día te brindará su perdón.

El otro soltó una carcajada y se acercó más al arcángel. Miguel y sus hombres intentaban cortar el paso para que no pudieran acercarse más del pequeño espacio que era la frontera con el terreno del Creador. Solo los miembros del coro más alto y aquellos a los que él solicitara debían entrar ahí. Y, por supuesto, debía impedir a toda costa que el ingrato querubín entrara en ese lugar.

—Creo que me apetece rechazar tu oferta, ¿sabes? —negó en tono burlón, y los ángeles tras él emitieron un breve gruñido de aceptación. Se giró para ver a sus seguidores y alzó una mano—. ¿Qué dicen, muchachos? Suena poco tentador el ofrecimiento de ese... —volteó de nuevo y recorrió con mirada despectiva al arcángel— esclavo de Yahvé.

—¡Ingrato! —gritó San Gabriel en un bufido. Intentaba no alzar la espada frente a sus hermanos, pero la verdad era que solo esperaba a

que Luzbel atacara primero.

El querubín rodó los ojos hastiado y sacudió los brazos, para luego apoyar una mano sobre el mango de la gran espada que llevaba colgando a la cintura y desenfundarla con un movimiento veloz.

—Cómo quieras, amigo —hizo el amago de una tensa sonrisa. Respiraba de forma agitada y sus ojos se movían con rapidez, estudiando cada posibilidad de victoria. Debía atacar con fiereza sin darle tiempo al enemigo de defenderse... inhaló con profundidad; de seguro estaba loco si planeaba asesinar a sus hermanos alados. Cerró los ojos con fuerza y al abrirlos, los ángeles frente a él notaron la frialdad que comenzaba a ocupar su corazón—. Lo pensaré cuando tenga el trono de Yahvé.

—¿Quién como Dios? —le respondió con enojo Miguel, que no dejaba seguir a Luzbel en su camino.

Este ladeó la cabeza y arqueó ambas cejas, a la vez que comenzaba a avanzar con lentitud.

—Yo, Miguel, yo —los ojos miel del guerrero se toparon con los azules de su rival, fríos e inexpresivos como témpanos. Tan solo una burlona sonrisa le daba vida a su rostro—. Pero mucho mejor.

Los ángeles observaron unos a otros, expectantes a cualquier señal. La mitad, de parte del buen arcángel; el resto, con el soberbio traidor. Sabían bien los del lado del Señor que sus rivales intentarían un ataque directo contra, ya que habían revelado sus planes demasiado pronto, y más les convenía hacerlo antes de que se enterara. Las plumosas alas se movían fuertemente por el aire, cortando el paso a los malvados seres.

—¡No podrán detenernos nunca, Miguel! —gruñó el querubín—; tarde o temprano tomaremos el cielo por completo y dominaremos la Tierra como se debe. El rubio, al sentir la amenaza en las palabras de Luzbel sacó de su traje una espada plateada, la cual la dirigió en su dirección. Ambas hojas eran distintas a las de los demás ángeles, pero eran idénticas entre sí.

—¡La gloria le pertenece a Dios solamente! —De sus ojos destellaba furia, las ansias de hacer justicia contra aquel que más grave pecó—. ¡Nunca serás como Él, ser oscuro!

Luzbel no soportaba las palabras del arcángel, por lo que decidió atacar. Un solo movimiento bastó para que los tensos ángeles que resguardaban tanto a Miguel como al otro se lanzaran unos contra otros. Las plumas danzaban entre los combatientes, manchándose con la sangre de culpables e inocentes. Sus compañeros de coro, los guardianes del cielo, atacaban a dos ángeles a la vez, mas temía que la mayoría de los

que caían fallecidos fueran del grupo fiel a Yahvé. En la conmoción del momento no se podía distinguir quién era quién, o a quién apoyaba. Numerosos combatientes pasaban a su lado, algunos con intención de atacarle, pero Miguel los desviaba con la espada o les tiraba con las alas, que servían de protección. Un rebelde, que reconoció como Sammael, se acercaba con los ojos inyectados en sangre hacia él; Miguel esperó al momento justo y, cuando el rival alargó su mano para cogerlo, le tomó con fuerza del cuello y encogió sus alas. Lo primero que sintió fue el vacío al caer; una sensación que no había logrado tener antes de manera tan arraigada: veía todo más lento, a pesar de que a cada segundo, la distancia entre la tierra y él se acortaba. Antes de que fuera demasiado tarde, se giró, dejando a Asael por debajo suyo sin soltarlo y le golpeó con una mano en la quijada. Este se revolvió devolviendo una patada al vientre del arcángel.

Miguel alzó un brazo lo suficiente y enterró sin tapujos la hoja del arma hasta donde pudo. La sangre del rebelde le llegó a la cara y para ese momento, unos metros les separaban de la colisión; atrajo hacia sí la espada, arrancándola del cuerpo de Asael y estiró las alas, que lo alzaron al instante en el cielo.

Suspiró calmándose, nunca había asesinado a uno de su raza y la revuelta comenzaba a afectarle, pero no tuvo paz por demasiado tiempo: el traidor se percató de que Miguel estaba de espaldas a él y embistió contra el arcángel con intención de hundirle la espada en el corazón.

—¡No! —una voz logró avisar al guerrero del peligro que se cernía sobre él;ladeó el cuerpo pocos menos de un segundo antes de que Luzbel cumpliera su cometido. El ingrato querubín echó las fuertes alas cuyas plumas eran filosas como dagas hacia Miguel para desestabilizarlo. Supo que le hirió bastante pues escuchó con placer su doliente alarido; se giró para dar una segunda arremetida hacia el arcángel, quien tenía el cuerpo trazado con numerosas líneas rojizas, pero de nuevo su intento había fracasado. Sí, había clavado la hoja en el cuerpo, mas no en el que quería.

—¡Maldito seas, Iezale! —gruñó—. ¿No que estarías siempre a mi favor? —El nombrado frunció el ceño y golpeó con el gran escudo que llevaba al costado la quijada de Luzbel, que pareció crujir ante el impacto.

—Nunca aceptaría ser esclavo de un impostor como tú.

El querubín que tenía la espada dentro de su cuerpo, escupió sangre. Viró la cabeza para ver a Miguel y sonrió con tenuidad.

—Espero haberte ahorrado tiempo —inclinó la cabeza y sus ojos se cerraron cuando comenzó a perder fuerzas y a caer. Una última sacudida

le hizo dar un desgarrador grito que fue acallado al momento, cuando Luzbel tiró del arma sin compasión.

—¡Asesino! —gruñó Miguel incorporándose al ver lo sucedido; tenía los ojos desorbitados de tal horror y sentía la sangre hervir. Empujó a un ángel de oscura melena que intentaba hacerlo caer contra otro enemigo y se giró para quedar frente a él.

—Sí, bueno —contestó de igual manera—. Hubiera preferido que ese cadáver fueras tú en vez de ese débil delgaducho.

Lleno de cólera, se impulsó con las alas para propinarle un puñetazo en el pecho que le arrebató el aire a Luzbel, que respiraba con desespero para recuperarse, moviendo el brazo armado a ciegas, en un intento de contraataque. Había logrado salvar a varios ángeles de morir a manos de los desleales, pero no a Iezalel, quien se sacrificó por él.

—¿No ves lo que haces?! ¡Cambia ese maligno pensamiento, por amor a Dios!, ¡cambia!

El querubín se irguió. En su rostro, una mueca de asco se dirigía a Miguel; agarró con fuerza en mango del arma y negó con la cabeza; el rival tomó con fuerza la gran espada y dirigió un corte hacia el arcángel.

La hoja chocó contra el arma del otro, quien tenía ambos brazos al frente; empujó a Luzbel de una patada y trastabilló, cuando uno de los traidores enterró una daga en su brazo izquierdo; Miguel dio un alarido y sin quitarse el puñal del cuerpo todavía, golpeó con toda su fuerza el pecho del rebelde con el codo, lo que propinó un inmenso dolor para ambos.

—Sí que eres patético, maldito arcángel. —Los blanquecinos trajes de ambos presentaban oscuras manchas rojizas; sangre propia y de otros que cayeron, víctimas de sus espadas. Luzbel ya se había incorporado y limpió su sangre de la boca, Miguel retiró el cortante objeto y gruñó; tuvo que cubrir con la mano buena (la que portaba la espada) la zona herida. Jadeó de forma irregular unos segundos antes de erguirse por completo—. Tanto poder... malgastado de una forma tan despreciable. ¡Únete a mí, Miguel!, ¡verás cómo te rodeará el poder y el prestigio! —continuó a medida que se acercaba a él. Claro que no pensaba en compartir nada de su gloria con él, pero si lograba acercarse lo suficiente...

—No sabes lo que dices —lo detuvo.

—Que sea lo que gustes, pero... —ya estaba lo suficientemente cerca. Echó el brazo hacia atrás, y se tiró hacia él con toda la fuerza que pudo—. Al menos sé que lo que hago, lo hago bien. Miguel apenas tuvo tiempo de reaccionar, mas no lo tendría de defenderse, y menos con un

brazo inutilizado. Respiró hondo, mientras veía su ala moverse con demasiada lentitud, no lograría cubrirse; entrecerró los ojos y alzó su espada en dirección al traidor a la vez que se quedaba de medio lado para no recibir el golpe de frente. Esperó el metal impactarle, seguido del dolor más grande que seguramente habría sentido; pensó en si moriría, Si lo hacía, al menos lo habría hecho en favor del Señor. Esperó y esperó lo que le pareció una eternidad, pero todo ello jamás llegó; abrió entonces los ojos, y notó con alivio que Gabriel sujetaba firmemente los brazos de Luzbel a pocos metros de distancia, impidiéndole moverlos. Lo estaba tirando hacia la tierra para que no pudiera huir.

—¿Estás bien, Miguel? —resopló. Estaba notablemente herido, pero parecía no ser tan grave como las magulladuras de la mayoría.

—Sí —asintió mientras sonreía. Se aferró al mango de la espada y se acercó a ellos—. Gracias, colega.

Escuchó al otro reír.

—No hay de qué, ya sabes que somos una familia. —Su mirada se ensombreció—. Hazlo; acaba con esto.

Derribó a Luzbel con asco en el mirar y pateó la espada lejos. Miguel se relamió los labios y caminó hasta el embustero; alzó la espada mientras la imagen de Iezalel ocupaba su mente y, antes de que pudiera arrebatarse la vida tal como él lo hizo con tantos alados, una fuerte voz retumbó en el lugar, estremeciendo las plumas de los que aún se mantenían vivos.

—Luzbel —llamó secamente. Los ángeles mensajeros que habían partido apenas se enteraron de los planes de él, avisaron al Creador y este, disgustado y un tanto decepcionado de su máspreciado ángel, se vio obligado a intervenir, cuando descubrió la seriedad del asunto. Por más que le doliera, debía castigarlo como era debido.

—Señor —respondió de forma despectiva a los pocos segundos el ángel ante este llamado, con el desafío impregnado en su rostro. Aún estaba sujeto por Gabriel, aunque ya había dejado de intentar zafarse—. Supongo que ya se ha enterado. ¿No es así?

—Tú y tus seguidores han pecado contra los cielos —continuó, molesto—. Tu corazón se ha llenado de soberbia y de maldad, no puedo permitir que esto perdure. Has pecado gravemente y no mereces el nombre que llevas porque ahora no transmites luz, sino oscuridad; porque tu corazón se ha dañado y tus deseos de poder no permitirán que vuelvas a ser aquel hijo de luz que eras antes —espetó furioso. El cielo bramó y unos cuantos truenos retumbaron, mientras rayos caían cerca al nombrado—. ¡Serás desterrado del reino de los cielos y desde ahora te

llamarás Satanás, el enemigo! Vagarás en las profundidades del abismo por toda la eternidad y todos tus seguidores sufrirán del mismo destino. El ángel de luz que eras será reemplazado por el demonio oscuro y quien te vea fuera de tu prisión, tendrá mi permiso de asesinarte. Que se haga lo que he dicho.

Un ventarrón golpeó a los ángeles seguidores de Luzbel, despojándolos de su dorado plumaje, volviendo las que una vez fueron enormes y hermosas en un par de alas color carbón. Algunas mantuvieron el oscuro plumaje, mientras que otras resultaron rotas y de aspecto esquelético debido a la fuerza con la que les golpeó la ira de Yahvé. El ahora bautizado Satanás había logrado conservar un poco de su plumaje. Sus trajes se consumieron en llamas de oro, quemándolos, y los que no habían sido aventados por el fuerte viento a su lugar de castigo, se tiraban en picada por el dolor que les ocasionaban las llamas.

Los Caídos se revolcaban, se agitaban fuertemente y alzaban vanos alaridos de venganza o perdón a un dios que alguna vez les amó. El fuego les rodeaba aún en la caída y al chocar contra la Tierra, esta se abrió en dos, mostrándoles su nueva morada: el Infierno.

## Capítulo 4

† TRES †

—ALLISON—

No se percató del momento en que encendió el auto y condujo hasta aquella zona deshabitada repleta de monte que, en cualquier otro momento, le daban total desconfianza; ni un solo alma vagaba por allí, ni siquiera los pájaros cantaban e incluso, parecía que los mismos árboles dormían, ajenos al interno alboroto que se desataba dentro de Allison. La rubia estacionó el vehículo y suspiró, aún dentro de este, para intentar relajarse. Tenía las palabras de quien se hacía llamar Dalila resonando en su cabeza una y otra vez, como si quisiera martillearle todo pensamiento distinto al suyo; cuando apagó el auto, la quietud se hizo total: parecía el mundo de los muertos.

Tras pensárselo una quinta vez, decidió que era hora de bajarse y afrontar aquello que le habían propuesto; quizá era una oportunidad única y tal vez, no podía dejarla pasar. Aspiró hondamente el aire puro del pequeño bosque que rodeaba la ciudad y se dedicó a observar junto a ella el bello paisaje que en la ciudad, con tanto tráfico de autos y smog nunca vería. El césped era de un color verde claro con algunas partes oscuras, y los árboles se mecían en silencio a compás del viento. Estaba solamente ella y la naturaleza.

—¿Dalila? —Temió quebrantar el momento con su voz.

Esperó unos segundos a que le respondieran, pero fue en vano; supuso que había sido una broma y, dispuesta a marcharse a casa, emprendió un lento camino hacia su auto hasta que algo la detuvo: una sombra se implantó tras ella, muy cerca de ella. Cuando giró con rapidez para ver de quién se trataba, la soledad volvió a acompañarla.

—Allison, vaya sorpresa —escuchó la delicada voz que se alzó de entre los árboles—. Aceptaste, yo creía que me dejarías abandonada... a pesar de nuestro pequeño acuerdo.

Una sombra femenina apareció casi de la nada junto a Allison, quien con normalidad la habría visto venir, ya que el lugar de la reunión era una extensa pradera con un puñado de árboles alrededor que no protegían a

ambas mujeres de los fuertes vientos que les sacudían las largas cabelleras.

—No entiendo por qué te dejó tan sorprendida, doña. ¿Debería existir alguna razón por la que no debía aceptar? —preguntó esta, aún de espaldas a Dalila—. Quiero decir, que ni se te ocurra acercarte, pues vengo preparada para cualquier tipo de asalto... y eso incluye a señoras que dejan cartas a la gente así de la nada. Ahora, habla —intentó verla, pero no podía moverse. Resignada, pero con la clara intención de no hacerle dar cuenta, carraspeó la garganta y continuó hablando—. ¿Para qué carajo me has llamado aquí, en medio de la nada?

—Por ahora, ninguna que considere importante decirte —susurró—. Y yo no debo de tener más que tu edad, Allison; para que lo tengas presente nada más —espetó—. Si yo te traje aquí es porque mi amo así lo pidió.

—¿Amo?! Maldita sea —exclamó con horror. Quiso moverse, pero ahora se mantenía estática. Se llevó una mano al rostro, mordiéndose la lengua hasta que comenzó a arderle demasiado—. Ya sabía yo que era una maldita trampa para atraparme y llevarme a no sé, ¡China!, a vender mi cuerpo y para prostituirme. ¡Mi madre me dijo de pequeña que era demasiado ambiciosa, maldición! —se quejó. Dalila, harta de los gritos de la rubia que solo lograban hacerle doler la cabeza, se acercó hasta ella y le tomó del hombro con la suficiente fuerza para que dejara de alzar tales alaridos al aire.

Una nueva oleada de ventarrones las sacudió. Allison, sintiendo la amenaza en la mano que tenía sobre ella y con mil dudas en mente dispuesta a formularlas una por una, habló, obligándose a calmarse. Sin duda, la supuesta Dalila no era como aquel hombre de aquella mañana.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —Tenía gran tentación de girar para poder ver el rostro de quien la convocó, pero una extraña fuerza la obligaba a mantenerse en su sitio. Solo podía ver la gran extensión de brillante césped al frente y uno chamuscado en la zona en que las dos se hallaban. La duda le estaba matando por dentro.

—Es simple. Imagínalo como una oferta de trabajo, ¿sí? —Dalila susurró en su oído—. Es demasiado sencillo; solo trabajas un día y con solo tener tu presencia en nuestra empresa bastará. ¿No suena genial?

—No lo sé —murmuró aún con cierta desconfianza. Las arrastradas palabras con las que le hablaba no le hacían sentir cómoda—. Parece falso.

La dama de cabello rojizo dejó soltar un bufido de impaciencia.

—Ya sé que suena muy increíble para ser verdad pero, de hecho, muchos de nuestros clientes no son... ¿cómo decirlo? —rió con ligereza cuando el viento volvió a soplar—; «capaces de salir una vez entran».

Aquello pareció animar a Allison, quien comenzó a recordar cómo debía hablar cuando se encontraba hablando con importantes empresarios.

—¿De verdad dice eso? —las manos de Dalila comenzaron la tranquila tarea de trenzar el cabello rubio de la muchacha. Debía hacer todo lo posible por atraerla y que cumpliera su parte de trato. No podía mentirle, ni decirle la verdad entera—. ¿Tiene algún testimonio confiable en el que pueda basarme?, ¿cuándo puedo ir a conocer su establecimiento?

La devota del diablo sonrió.

—Qué te parece... —tarareó unos segundos una canción de cuna antigua— ¿en una semana? ¿Aceptas?

Allison sonrió ante el corto plazo para ver su, quizá, nuevo puesto de trabajo y a pesar de que le pareciera algo ridículo lo de «solo mostrar su presencia», no le molestaba en lo absoluto.

—Acepto; me gusta la idea, Dalila. Entonces, ¿qué debo hacer para comenzar? Si necesitas que reúna gente puedo hacerlo, me dicen mis compañeros de trabajo que soy bastante influyente y de hecho me considero muy persistente, por lo que no te debería caber duda alguna de que puedo cumplir con mis labores. Tal vez termine sustituyendo a tu jefe —intentó bromear.

—Esperemos que no.

La rubia carraspeó algo ofendida; se encogió de hombros y sacudió la larga melena.

—Lo que digas, solo dime cuál es mi labor.

De un momento a otro, la presión que la hacía quedarse donde estaba desapareció, dejando tras ella una gran sensación de vacío. Allison soltó el aire que sin saberlo, estaba guardando. Se preparó mentalmente para lo que pudiese haber tras ella. Se imaginó todas las posibilidades; desde un extraño hombre de gran chaleco con capacidad para imitar a una mujer, una pequeña anciana o incluso, al viejo de ojos azules como el cielo, tan azules que daban miedo. Tenía en mente cientos de opciones,

excepto una: nada.

Al voltear, solo halló los árboles que había al momento de su llegada. La única diferencia notable, era una pequeña porción de prado quemado, de color negruzco al lado de ella. Y sobre este, una réplica de la nota que había recibido en su auto que dudó en recogerla; estaba en realidad emocionada y, si era una broma o no, debía averiguarlo por su cuenta. Pensó que Dalila hablaba muy segura de aquella empresa, aunque le disgustó el hecho de que creyera que no sería capaz de escalar en poder hasta poder suplantar a su gerente.

«Pronto lo sabrás, querida», susurraron sobre ella, respondiendo a su pregunta cuando esta se había cansado de intentar descifrar que eran aquellas notas y el por qué había sido llamada a aquel lugar.



Se hallaba de nuevo manejando en el auto por entre una enorme autopista, no podía pensar en otra cosa que no fuesen aquellas cartas y en la misteriosa voz de la desconocida mujer que de la nada le había prometido grandeza y poder. Dalila..., ¿no había escuchado aquel nombre en algún lado antes? Si se esforzaba en recordar, el nombre se le hacía familiar de algún lugar pero no lograba hallar con exactitud de dónde. Aquella incertidumbre aún la hacía dudar, porque si indicaba ser un engaño, pensó, podría resultar herida de alguna forma. Lo más seguro era renunciar a supuesto aquel acuerdo que había firmado con ella tras leer la carta, pero eso significaba que si en verdad era algo tan importante lo que tenía preparado para ella (sin saber cómo o por qué), se perdería la oportunidad de su vida. Además se preguntaba cómo le diría que pensaba zafarse de lo que fuese que hiciera ella, empezando porque no tenía cómo contactarla. Fue ella quien se había hecho presente en ambas ocasiones. Cada vez la desconfianza a esa misteriosa mujer que no mostraba el rostro crecía. Puso su mano sobre la palanca del auto y cambió a tercera; no se veían autos tan amontonados como en la mañana, y al no haber tanto ruido, se dedicó a pensar.

—¿Qué demonios quiere esa mujer? Claro, empezando por si es una señora.

Su teléfono sonó: un mensaje de su jefe le pedía que se hiciera cargo de un proyecto que debía ser lanzado en una semana; parecía ser realmente

necesario que todo saliera perfecto, pues se vendería de forma internacional. Dio un vistazo por el cristal delantero y suspiró, disminuyó la velocidad y tomó el fino celular para escribir una respuesta.

No tardó mucho para que la bocina de un auto cercano la sobresaltara: el susto la hizo perder el control sobre el volante y antes de que se diera cuenta, un auto azul opaco golpeó el costado derecho, haciendo que el auto rojo de la rubia derrapara. El impacto sobresaltó a Allison, quien tuvo apenas el tiempo suficiente para poderse cubrir el rostro con ambos brazos y evitar un mal golpe; el auto dio fuertes sacudidas que provocaron severos golpes en la pálida piel de Allison que no tardó en sangrar.

Por un momento todo fue borroso y lejano y la muchacha tuvo miedo de perder la consciencia o morir ahí. Comenzó a respirar con lentitud y a intervalos irregulares hasta que las brillantes manchas que veía, se tornaron en un oscuro paisaje; la cabeza cayó sobre su hombro y se dejó llevar.

—Santo cielo, ¡lo siento, señorita! —gritó un muchacho con la camisa hecha jirones mientras un hilillo de sangre brotaba de la comisura de su labio inferior. Tenía algunas heridas profundas pero no parecía importarle demasiado, ya que se estaba acercando a la muchacha a pasos lentos—. No me di cuenta hasta unos segundos antes de chocar, pero ¿está usted bien?

Aún consciente, pero poco, asintió de forma casi imperceptible, cuando un susurro le hizo despabilar.

«Allison, querida, creí que teníamos un trato. No puedes hacerte la desentendida de esto, ¿sabes? No me puedes dejar así. Ya le di tu nombre a mi señor. Eres una de nosotros te guste o no y espero que te alegre serlo o de otra, habrías muerto».

La inquietante mirada del desconocido hombre la hizo volver de la realidad. «Te guste o no». Las últimas palabras de aquella mujer le provocaban ansiedad hasta sentir como sus manos temblaban levemente; le cruzó de brazos como pudo y liberó el cinturón de seguridad.

—Creo que estoy bien..., gracias —respondió ella, relajando un poco al chico de ojos grises que se mostraba de verdad preocupado—. ¿Dónde estoy?

—Necesita un doctor —afirmó él, como si hubiese dado un veredicto—. Oh, es de mal gusto no haberme presentado. —Ayudó a levantar a la aturdida Allison y le tendió la mano—. De verdad lamento lo sucedido, yo... yo veré cómo puedo pagarle los daños, de verdad. Si necesita mi identificación para que se asegure de que no me escaparé o

algo parecido, soy Jonathan.

»Estaba de camino al cumpleaños de mis sobrinas y cuando volteé a ver los regalos en el asiento de atrás... Debo ser más cuidadoso —dijo para sí.

—¡Sí! —espetó—. Debería, poco pedazo de hombre —comenzó a sentir como aquella presencia negativa se adhería a ella, deseando herir a todo el que se le pasase en frente, no vio al dulce muchacho, sino a alguien que quería aprovecharse de ella—. De milagro estoy bien. ¡¿Y qué se suponía que hacías mientras manejabas?! ¡Pude haber muerto!

El repentino cambio de actitud sorprendió a Jonathan. Tenía presente que era muy probable que la chica a quien acababa de chocar reaccionara negativamente, pero se había mostrado algo comprensiva momentos antes que había logrado hacerse la idea de que ella le perdonaba el accidente.

—Casi me matas y quieres que salte a tus brazos de esa forma estúpida y genérica, ¡no!; ¡¿acaso estás bromeando?! —Allison abrió la puerta del auto en la que Jonathan se asomaba con la suficiente fuerza para desequilibrarlo, momento que aprovechó para dejarse caer a la gravilla. Los autos les rodeaban y una pequeña multitud de transeúntes también.

«Levántate —le volvió a hablar, a lo que escuchó con atención—. No sentirás dolor y podrás moverte; solo no te olvides de seguir firme en el acuerdo. Lo juro por nuestro señor, el Caído, que mientras estés bajo su ala nada te pasará».

Suspiró hasta que sintió sus pulmones llenarse por completo y notó con agrado que la aguda punzada que sentía en el cuerpo ya no estaba ahí; miró a ambos lados y aquella alegría se disipó. Perfecto, pensó, soy el centro de atención nuevamente. Se frotó la zona herida, que no dolía como antes y se levantó con torpeza hasta que pudo enderezarse. Fue ahí cuando miró asqueada al joven muchacho. Escupió sobre su rostro y se alejó cojeando, dejando atrás su destrozado auto—. Hazme saber cuándo piensas pagarme. —Señaló el auto, donde se encontraban sus datos y el irreparable celular en el asiento del copiloto.

Cuando logró acomodarse dentro de la habitación de su hogar, sin que pudiera evitarlo, tomó una hoja de papel y un bolígrafo y comenzó a escribir junto a la chimenea como si alguien le susurrara al oído las palabras exactas y ella tuviera el deber de transcribirlas. La tinta se

impregnó en el papel y ella, aunque intentaba, no podía detenerse en su tarea de redactar la carta. Una vez hubo terminado, contempló con asombro y horror, el pequeño texto que a los pocos minutos voló y cayó sobre el fuego, se deshizo hasta volverse cenizas.

Sin embargo, aunque fue poco el tiempo en que pudo leer, las palabras le habían quedado grabadas por completo en la cabeza, repitiéndose una y otra vez.

«Oh, Dalila, tenías razón en unirte a la causa; si mi sola presencia complace a tu señor, que así sea. Haberte hecho enfadar fue un pésimo error, tus órdenes serán a partir de hoy mi ley y la ira me encargará de esparcir por el mundo, volviéndolo caos para que tu reino surja de nuevo y sobre un altar de huesos observes el mundo que crearé para ti. Mi alma te vendo y anhele que dispongas de ella como sea preciso para que el mismísimo Diablo se jacte del poder que tendrá contra el reino de los cielos».

Su trato había sido sellado, y ni el cielo mismo podía revertirlo. Allison observó cautivada el fuego que comenzaba a engrandecerse y sonrió, con la mirada puesta en un distante punto, a las extrañas sombras que se formaban en ella que le devolvían la sonrisa.

Era, sin duda, un bello día.